

*MEDICINA.—Sobre la epidemia de 1851 en la Serena por el
DOCTOR BRUNNER. Memoria trabajada en octubre de 1853, i pre-
sentada a la Facultad de Medicina en marzo de 1854.*

En el mes de junio de 1851 estalló en la Serena una epidemia que duró tres meses: esta epidemia no se limitaba tan solo a la ciudad i provincia de Coquimbo, sino, si bien me acuerdo, reinaba en toda la costa occidental de Sud-América, propagándose de ahí sobre el territorio de la República entera. En esta provincia surjia dicha epidemia, no con aquel orden topográfico, como suele suceder en las grandes epidemias inigrantes, sino mas bien estallaba en diferentes distancias al mismo tiempo visitando indistintamente unas poblaciones i saltando otras para volver mas tarde. Durante los tres meses de la epidemia de la Serena, el barómetro, segun las observaciones del infatigable e ilustre señor don Luis Troncoso, uno de los miembros de nuestra sociedad de beneficencia, de la cual tengo el honor de ser el médico, manifestaba mudanzas repentinas i continuas de alza i baja, como no se habia observado mucho tiempo hacia; el aire era sumamente húmedo, i tres lluvias habian caido.

El carácter de la epidemia era reumático-catarral, que juzgado a su estremo se presentaba en el curso del tiempo en forma de una erupcion morbilosa (alfombrilla) sobre el cutis. Se manifestaba en aquella epidemia, como en las epidemias en jeneral, una marcha gradual progresiva i regresiva, correspondiéndole a cada fase el tamaño de la gravedad. Al principio de junio i al fin de agosto, casi todos los enfermos se salvaban, pero el medio (fin de junio, todo julio i el principio de agosto) era tambien el acmen de la enfermedad i el mayor cúmulo del peligro. Aun en la reparticion de la epidemia sobre las edades se veia un cierto orden al principio: se enfermaban niños desde 4 hasta 10 años; despues los adolescentes, i al fin no escapaban ni los adultos (en julio i agosto). El orden de la enfermedad, aun en sus formas evolutivas, apareció determinado en los límites de una periodicidad temporal. Los niños se enfermaban al principio de catarro i alfombrilla, muchas veces exento de toda excitacion febril. Mas tarde i en otros niños se combinaba con la alfombrilla una tos que gradualmente se volvia convulsiva, de catarral que era, i su tenacidad ha sido tan grande, que aun meses despues del completo restablecimiento no queria desaparecer; al fin se unia a ambas formas una disenteria comunmente mortal, o una diarrea colicuativa que, aun retenida, dejaba sin embargo los pequeños pacientes en

un marasmo espantoso que al fin i al cabo los entregaba a la tumba. Otros fenómenos, que tan solo a la conclusion de la plaga (al principio de Setiembre) surjian i principalmente en los niños afectados de diarrea, era un edema jeneral sobre todo el cútis, una infiltracion acuosa en el tejido malpigiano i los tubos espirales sudoríficos probablemente, llamada aqui por el pueblo «pasma.» Esta infiltracion es a mi juicio el mejor modo de explicar, segun se verá mas tarde, la reticencia del sudor en el cútis. —Otros niños que no fueron atacados por ninguna de estas afecciones, morian, por decirlo así, sanos, sin tos, sin erupcion, sin afeccion cerebral, sin diarrea; tan solo la respiracion oprimida (pero sin violencia como en el asma, disnea etc.) indicaba un estado subparalítico de los pnemugástricos (o de la médula oblongada). Estos casos, en comparacion de los demas, mui pocos, eran para mí los mas oscuros, por cuanto no tuve oportunidad de hacer una investigacion anatómica.

Tocante a los detalles de la erupcion, no habia nada de particular. Una alfombrilla comun; granitos sólidos sumamente pequeños, conocibles tan solo por el tacto o por la lupa, dispersos sobre un fondo colorado, que en forma de manchas, ya aisladas, ya confluentes, era distribuido indistintamente sobre la cara, el pescuezo, el pecho, las piernas, etc.

La tos convulsiva era de las mas violentas que he observado hasta ahora. La periodicidad mui pronunciada de los ataques indicaba su naturaleza nerviosa. Pero durante cada ataque se levantaba el pulso, latia el corazon, se injetaba la conjuntiva, i la conjestion sanguinea se manifestaba de un modo amenazante por la lividez de la cara, por los ojos sobresalientes, i en fin por las hemorragias de la boca, de nariz i rara vez de los ojos i oidos.

Las afecciones disentéricas i diarroicas de los niños eran acompañadas de una sequedad invensible del cútis, i estos casos eran comunmente mortales. Una cosa particular que observaba en ellas era la rápida formacion de lombrices en los intestinos, que muchas veces salian despues de la muerte del individuo por boca i ano. Algunas veces encontraba la membrana *muscular* del colon o de los intestinos delgados aqui i allá destruida, o por lo ménos poco resistente a la pinceta; entendiéndose que la membrana mucosa de encima participaba de aquella destruccion. Acaso de ella habrán provenido las evacuaciones *carnosus* i algunas veces, como tambien los dolores de vientre vehemente, verdaderamente reumáticos musculares.

La epidemia de los adultos se presentaba de un modo diferente, aunque la esencia era la misma, los enfermos se sentian muchos dias ántes de caer sumamente displicentes, i tan cansados que no eran capaces de levantar la mas leve cosa, sin embargo que previamente no habian hecho esfuerzo muscular ninguno, las piernas de igual modo mui pesadas, «como plomo» sin dolor que se pareciese a un reumatismo pronunciado, este estado se propagaba poco a poco sobre el sistema nervioso, produciendo doleres de cabezas obtuxos, varrenantes u oprimentes, doleres a los cuales algunas se unian blenorreas catarrales de la cabidad nasal i de la conjuntiva.—Cuando para decirlo así, todo el cuerpo se sentia impugnado de la *materia peccaus*, venian orripilaciones, una especie de conato del sistema cutaneo de arrojarlo fuera de sí, una especie de alfombrilla sorda avortada por la espulsion completa de un sudor copioso i fétido, con el cual los enfermos aomonmente se restablecian.—Alfombrilla verdaderamente desarrollada, no era comun en los adultos, solo en mujeres rubias, de tez blanca i fina se verificaba con toda su pureza la erupcion morbilosa.

Si recojimós todos los datos que acabamos de presentar, vemos que toda la epidemia consistia esencialmente en la retencion del sudor, i en su reperccion sobre órganos internos. El sudor es un elemento depurativo de absoluta importancia para el organismo. El sudor es segun el profesor Schultz de Berlin (Verjuengung des menschlichen—Lebens: Berlin de 1842) la escoria muerta de la colicucion periódica del

sistema muscular i en parte del nervioso, una especie de escremento, que, como el de los intestinos; debe arrojarse sin interrupcion fuera del organismo. Si el sudor está violentamente retenido en su permanente i tranquila iluminacion se vota sobre otros órganos, se estanca en ellos, produciendo una serie de afecciones que, segun los órganos sitiados, llamamos catarrales, reumática, etc.

Exactamente lo mismo ha sucedido en la epidemia de 1851. Léjos de ser un «daimon» un jenio abstracto, que, bajando de lo alto i migrando sobre el globo; estendiera sus alas mortíferas sobre sus victimas es aquella epidemia mas bien el daimon interior orgánico que consiste en la debastacion que un material depurativo muerto i tenazmente relinido ejerce sobre la organizacion.—La humedad atmosférica unida con la inconstancia barométrica esplica suficientemente la retencion del sudor natural, ya por la debilitacion i relajacion directa del cútis, ya por la incapacidad de una atmósfera húmeda de impregnarse con mas humedad emanada de aquel órgano depurativo. De este modo se retiene e inmóvil en el recinto cutáneo el sudor ya acumulado en los tuvos espirales, receptáculos fisiológicos de él; mientras que el sudor, formándose permanentemente en el interior de los órganos animales por el proceso de su consuncion, no puede deponerse mas sobre el cútis ya recargado.

El sudor retenido en el cútis produce en él aquella erupcion morbifosa, cuya formacion detallada no se puede esplicar aquí. Lo cierto es que aquel proceso se verifica al modo de una ictericia que por su parte no es otra cosa que una penetracion de los tejidos con un material tambien muerto depurativo i detenido como bilis.

El sudor, fuera del recinto cutáneo por falta de salida libre se acumula con la sangre, aquel receptor jeneral de todas materias de la consuncion fisiológica, i produce en el sistema circulatorio todos aquellos fenómenos febriles al modo de una fiebre reumática. Mientras tanto, el poder atmosférico, el predominio antidiaforético continúa su influencia, i el sudor interior permanente rejeuerado i aumentándose ya no cabe, por decirlo así, ni en la masa de la sangre: no pudiendo entrar en aquella masa repleta, queda retenida en el mismo tejido muscular i nervioso, mientras que por su parte, la sangre busca a descargarse de aquellos excesos deponiéndolos sobre las membranas mucosas del trayecto intestinal, i de los pulmones, etc. etc. Las afecciones diversas que de ahí se desarrollan, son evidentes: la toz convulsiva por la afeccion simultánea o gradual de la mucosa pulmonar i de los neumogástricos, la diarrea o disenteria por las tunicas comprometidas del tubo quila proyectico poético: los dolores i bahidos en el recinto encefálico aumentados aun por las conjestiones de una sangre impregnada de sudor, i en fin, la afeccion denámica de los músculos, que recargados i sitiados por los exúvios muertos de su proceso vejetativo, sienten esta cargazon en forma de cansancio i pasadez. Pero basta de esplicaciones que pueden inducirnos en un campo ajeno de la narracion sencilla de lo sucedido.

Tocante a la terapéutica debo decir que la primera indicacion era la de dar un curso libre i no interrumpida a la eliminacion del sudor; una indicacion empiricamente se justificaba por esa circunstancia que los enfermos adultos sanaban por si solos, luego que merecian transpirar copiosamente, i que aun los párbulos que por si o por medicamentos rompían en sudor, se salvaban comunmente de la diarrea consecutiva.

El sudorífico que mas eficaz me parecia, era el licor de acetato de ammonia en cantidades correspondiente; si producía dolores de barriga, no sudaban los enfermos. Este sudorífico, sin embargo, casi siempre verificaba un cambio favorable en los síntomas, aun cuando los enfermos no transpiraban con él: pero no escapaban de la muerte. El polvo de Dower, la hipecacuana, no servian para nada. Contra la toz convulsiva se estrellaba infructuosamente todo el tesoro de medicamentos indicados. El único remedio un poco eficaz me parecia el kermes mineral (sulphuretum stebis

rubeum). La disenteria i diarrea morbilosa resistian igualmente a todos los remedios conocidos: medicamentos que en disenterias i diarreas comunes sanan con mas o ménos seguridad i prontitud (calomelanos con opio e hipecacuana, nitrato de plata, etc.) tenian aqui una virtud mui incierta; i no sé si otros médicos de la Serena hayan sido mas felices que yo.

Los resultados equívocos en una epidemia son mui naturales i fáciles de concebir, considerando que el permanente poder atmosférico obrando con una constancia tenaz contra la libre traspiracion, se opone sin cesar a la fuerza siempre mas débil de los medicamentos. Puede ser tambien que la habitacion perversa de los enfermos de la beneficencia, en los cuales hice la mayor parte de las observaciones, haya contribuido a la mortandad; pero por otra parte he visto morir muchos en casos bien acomodados.

El mejor remedio era siempre una mudanza de temperamento, i el remedio absoluto era la cesacion de la disposicion atmosférica, que sanaba tranquilamente a los enfermos, miéntras que los buenos esculapios se alababan de sus buenas curaciones. Quizás haya contribuido a la mudanza de la salubridad, tambien la excitacion de los ánimos producida por la revolucion del 7 de setiembre, pues desde entónces no se veia ningun adulto afectado de la epidemia.

MEDICINA.—Breve noticia de las enfermedades que han sido mas frecuentes en 1853 en la capital, por DON FRANCISCO JAVIER TOCORNAL.

En el año que acaba de trascurrir ha sido notable la misma influencia catarral de los anteriores. En el mes de enero las pleuronemias se presentaron con la misma frecuencia que en la estacion fria, hasta el punto de constituir un estado epidémico. Tanto en la capital como en otros de las poblaciones de la República, el número de estas enfermedades ha sido mui frecuente. Esta misma influencia ha continuado hasta la fecha; pero en disminucion, i el 20 del mismo énero en mis salas de San Juan de Dios, de 47 enfermos que habia, 24 eran de pleuroneumonias agudas. Un hecho de esta naturaleza no puede pasar desapercibido, i conviene anotarlo para el interes de la ciencia.

Gracias a los progresos de la civilizacion i a los adelantos que se han hecho, el número de enfermedades epidémicas ha disminuido considerablemente.

El escorbuto, las fiebres causadas por influencias pantanosas, la disenteria, etc., no existen ya en la lista de las afecciones de esta clase. Entre nosotros nada de esto debe tener lugar; porque, situados en el interior del territorio, al pie de altas i nevadas montañas, i con una atmósfera templada i serena, solo por una excepcion estas enfermedades se pueden presentar. Pero encontrándose en varios puntos de la ciudad, los agentes que contribuyen al desarrollo de miasmas mal sanos, no es extraño que el aire se descomponga cada vez que la atmósfera no experimenta alguna renovacion.

En los meses de diciembre i enero, fué casi epidémica la enfermedad de que ha-